

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Macarrones á la italiana, por María Tesla Osentes.—
 La última lección, por Alfonso Daudet.—Curiosidades: **UNA
 ASCENSIÓN Á LA CHEOPS.**—Cuentos del concurso: **LAS DOS
 VENGANZAS.**—Las moscas y las arañas, traducción de Juan
 Cano.—El joven y el viejo, por V. R. P.—Historietas.—Pasa-
 tiempos.—Correspondencia.—Y las divertidas **AVENTURAS
 DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.**

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre 
 Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero  MADRID

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobrè monedero ó metálico.

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



RAFAEL GONZÁLEZ PINTOR (de doce años)

Habitante en Madrid, Mendizábal, 66, principal

AUTOR DEL VALS TITULADO ROSA Y AZUL
INSERTO EN EL NÚM. 29

(17 de las fotografías admitidas)

MACARRONES Á LA ITALIANA

CARMITA acababa de salir de un colegio dirigido por religiosas, donde había recibido una esmeradísima educación.

A pesar de haber cumplido los quince años, era alegre y revoltosa como una mariposilla. Sus hermosos ojos negros no se po-

conmemora la Iglesia el 25 de Agosto, y que en su casa se celebraba con gran esplendor.

Mientras Carmita estuvo en el colegio no faltó un año que dejase de bordar á su padre algún objeto; y allí, en el gabinete cuyos balcones daban frente al Retiro, veíanse multitud de bordados: una magnífica exposición adonde podían verse los maravillosos progresos realizados por Carmita con la ayuda de las madres.

Pero este año no quiso la muchacha presentarse con el carácter de colegiala, sino con el de ama de casa; tarea á que era muy aficionada y de que gustaba en extremo, aunque frecuentemente tuviese que



saban con fijeza en cosa alguna, y era muy habitual en la muchacha ponerse á jugar con las pequeñas del colegio como cuando tenía seis ú ocho años. Aunque vestía correctamente, aún no había entrado en ella la vanidad de las telas, los encajes y las plumas; y con más gusto asistía á las casas en donde se jugaba á las prendas, que á aquellas otras en que rendían culto á la etiqueta «haciendo» música ó leyendo versos de poetas *abaniqueros*.

Era, en fin, una chiquilla dentro de un cuerpo de mujer.



Su padre, un ricacho de Andalucía que había fincado en Madrid para mejor educar á la muchacha, se llamaba D. Luis, fecha que

sufrir reprimendas de su mamá; pues tan ligera quería hacerlo todo, que había ya colocado fuera de combate dos preciosas vajillas de la Cartuja hechas expresamente por encargo de D. Luis; y quién sabe cuántos vasos de finísimo cristal.

A pesar de las reprimendas, Carmita seguía mariposeando por la cocina, y ya confeccionaba un delicioso plato de dulce, que luego resultaba sin azúcar; ya se ponía á jugar con las criadas y las distraía de tal modo que á lo mejor se quemaban los guisos.

Como era hija única, D. Luis veía con sumo placer aquellas travesuras y alocamientos de la muchacha; por otro lado era noblota, amantísima de sus padres y con un corazón incapaz de ver una desgracia sin so-

correrla cumplidamente; un dolor sin aliviarle. Para todos tenía siempre una palabra de consuelo ó algunas monedas en la hucha.



Como decíamos, Carmita quiso hacer este año á su padre un presente casero, una de esas finezas que hacen las señoras, y que aún representando escaso valor se aprecian como el más delicado obsequio, y el día de San Luis vistióse su traje de cocina, púsose un blanquísimo delantal y metióse entre cacerolas y platos á confeccionar la fineza que había de presentar á su padre. Y como la sorpresa, para serlo, había de permanecer ignorada por todos, despidió á la cocinera y á la pincha por una hora. Ni quería que viesen lo que hacía, ni manos pecadoras habían de posarse sobre aquello que Carmita miraba como cosa divina.

Hay que disculpar este arrebató de la muchacha en gracia á que se trataba de su padre, á quien ella consideraba muy superior á todo lo creado; cosa naturalísima y que pone de relieve que era buena hija.

La cocinera y la pincha, que ya tenían dispuesta la comida, á excepción de los fritos, marcháronse refunfuñando por no poder satisfacer su curiosidad de mujeres; Carmita se quedó cocinando por espacio de media hora. ¡Cómo iba y venía de un lado para otro, canturreando y poniendo en desorden la reliciente espetera y los botes de las especias!...

Su mamá llamó dos ó tres veces; Carmita se hizo la sorda y continuó encerrada.



El comedor estaba radiante de esplendor cuando se presentó Carmita con una cacerola, limpia como los chorros del oro, colocada en plateada bandeja.

¡Y que no venía guapota la muchacha! Con el calor de la lumbre, la agitación y el placer

de sorprender á su papá, las mejillas tenían un color rojo vivísimo y sus ojos chisporroteaban alegrías.

Un aplauso cerrado acogió la presencia de Carmita que, rebosando satisfacción, colocó la bandeja en el centro de la mesa, no sin tirar tres copas que se hicieron pedazos.



Pero qué importaba aquella pequeñez, hija de su alocamiento, ante lo que dejó ver la cacerola, una vez que fué destapada. ¡Frierola!.. ¡Macarrones á la italiana!.. ¡Manjar de los dioses, como quien dice, para D. Luis! Quien olvidando por un momento la etiqueta y no acordándose de otra cosa que de su cariño hacia Carmita, pagó tan delicado obsequio con dos sonoros besos.

Los comensales hicieron bien los honores al plato confeccionado por Carmita, y aunque notaron cierto gustillo especial, tribu-

taron á la joven toda suerte de elogios.

La doncella retiró la cacerola con el sobran- te y todo quedó en paz.



Decíamos en paz, y no decíamos bien, porque al poco tiempo de ingerir los maca-



rrones los comensales comenzaron á sentir en sus estómagos ciertos síntomas alarman- tes, y D. Luis más fuertes que ninguno puesto que había ingerido mayor cantidad.

Alarmados con esto avisaron al médico, porque quién más, quién menos, todos atribuan aquello á que las criadas no habrían fregado bien la cacerola y estaban envenenados.

Todo era confusión, espanto y desorden en aquella casa en donde momentos antes reinara la alegría, cuando vino el médico; y como eran muchos contra él, llegó á conta- minarse de la general alarma. Pero era el

caso que los alarmados, ni presentaban sín- tomas de intoxicación ni era ese el camino. ¿Mas quién convence á diez personas que á voz en cuello afirman estar envenenadas?

A todo esto, la pobre Carmita, conside- rándose autora inconsciente de aquel desas- tre, había trocado su alegría en llanto y es- taba hecha una Magdalena.

El médico, antes de proceder á la ligera y cometer una imprudencia para reparar otra, quiso analizar la comida para ver si hallaba alguna sustancia tóxica y aplicar el remedio apropiado. Y, efectivamente, se puso en se- guida á verificar el análisis.

Los pacientes seguían experimentando aquellos malditos síntomas, sin perder el me- nor detalle de cuanto el médico realizara.

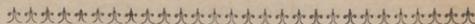
De pronto el doctor lanza una carcajada y les dice:

— Cálmense ustedes: esos síntomas son debidos á que en lugar de queso han echado jabón rallado en los macarrones.

Una carcajada general y tranquilizadora acogió las palabras del médico, y todos com- prendieron la distracción de Carmita.

MARÍA TESLA OSENTES.

(Ilustraciones de Vázquez.)



PENSAMIENTOS

Dios castiga á los hombres que desobede- cen sus mandamientos, y recompensa en esta y en la otra vida á los que proceden bien.

El niño debe tratar á sus compañeros tal como él quiere ser tratado.

De nada sirve ganar todo el universo si no se salva el alma.

El niño que se junta con amigos jugado- res y libertinos pierde la virtud, la salud y el dinero.

Los que destrozan alguna obra son los que la debieran arreglar y engrandecer.

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Con excesivo retraso iba yo aquella mañana á la escuela, y llevaba mucho miedo de que me riñesen, no solamente por llegar tarde, sino también porque M. Hamel nos había anunciado que pensaba dirigirnos algunas preguntas acerca de los participios, y yo no sabía una palabra de esa materia. Asaltóme por un momento la idea de faltar á clase y de dar un buen paseo por el campo.

¡Estaba tan hermoso el día!

Cantaban los mirlos en los linderos del bosque, y en el prado Rippert, detrás del aserradero, hacían los prusianos el ejercicio. Más tentador era, sin duda, todo esto que la regla de los participios; pero tuve fortaleza contra la tentación y me dirigí á todo correr al colegio.

Quando pasé por delante de la Alcaldía noté que muchas personas se hallaban paradas cerca del tablón de edictos. Hacía dos

años que de aquel sitio salían siempre todas las malas noticias: las batallas perdidas, las requisas, las órdenes de la Comandancia; pensé, por lo tanto, sin dejar de correr:

—¿Qué habrá aquí todavía?

Entonces, como atravesase yo la plaza á la carrera, el herrero Wachter, que estaba allí con su aprendiz como disponiéndose á leer, me gritó con la fuerza de sus pulmones:

—Muchacho, no te des tanta prisa; de todos modos llegarás bastante temprano al colegio.

Pensé que se burlaba de mí, y entré casi sin aliento en el patinillo de M. Hamel.

Producíase ordinariamente al comenzar la clase gran alboroto que se oía desde la calle; el cerrar de los pupitres abiertos, las lecciones que en voz alta repetían todos á un tiempo, y tapándose los oídos para aprenderlas mejor, y la regla del maestro que golpeaba en las mesas para imponer:

—¡Un poco de silencio!

Con todo esto contaba yo para llegar á mi asiento sin ser visto; pero precisamente aquel día estaba todo silencioso, como en mañana de domingo.

Veía yo, por la ventana abierta, á mis condiscípulos ya colocados en sus respectivos sitios, y á M. Hamel que paseaba con la terrible regla bajo el brazo. Fué menester que yo abriese la puerta y entrase en la clase en medio de aquella calma

DIFICULTAD



—¿Se puede pasar?
—Usted verá, señorito.

profundísima; calcúlese si estaría avergonzado y si sentiría miedo.

Mi temor resultó infundado. M. Hamel me miró sin enojo y me dijo con mucha dulzura:

—Ve pronto á tu sitio, querido Franz; íbamos á comenzar sin ti.

Subí en el banco y en seguida me senté delante de mi pupitre. Sólo entonces, ya un poco repuesto de mi espanto, eché de ver que nuestro profesor tenía puesto su hermoso gabán verde y llevaba su chorrera bien rizada y su casquete de seda negra bordado, prendas todas que no usaba sino en los días de visita de inspección ó de distribución de premios.

Pero lo que más me sorprendió fué ver allá, en el fondo de la sala y en los bancos que por lo común quedaban vacíos, á varios vecinos del pueblo, sentados y silenciosos como nosotros: Hauser el viejo con su sombrero de tres picos, el antiguo alcalde, el antiguo cartero y muchas

I.—INCONVENIENTES DE LA MODA



—¡Qué felices vamos á ser, esposa mía!
—¡Mucho, amado Teodolindo.

otras personas. Todas ellas parecían tristes; y Hauser había llevado un silabario muy viejo, comido en los bordes, y le tenía abierto de par en par sobre sus rodillas, con los anteojos colocados á través de las páginas.

Mientras observaba yo todas estas cosas, que me admiraban, M. Hamel había subido á su cátedra, y con el mismo tono de voz dulce y grave que había empleado al dirigirse á mí, nos dijo:

—Hijos míos: esta es la última vez que os doy lección. De Berlín ha llegado la orden de que en los colegios de Alsacia y de Lorena no se enseñe más idioma que el alemán... Mañana llegará el otro maestro. Hoy vais á escuchar la última lección de lengua francesa. Os suplico mucha atención.

Estas pocas palabras me trastornaron. ¡Ah! ¡Miserables! He aquí lo que habían hecho fijar en la Alcaldía.

II.—INCONVENIENTES DE LA MODA



—¡Que me ahogas, muchacha, que me aho gas ...!!!

¡Mi última lección de francés!

¡Y yo que apenas sabía escribir! ¡No me sería ya posible aprenderlo nunca! ¡Me sería preciso quedarme donde estaba! ¡Qué enojo sentía yo contra mí mismo por el tiempo que había malgastado, por mis faltas á clase para buscar nidos ó patinar en el Saar! Mis libros, que muy pocos minutos antes me parecían tan fastidiosos y tan pesados; mi Gramática, mi Historia Sagrada, parecíanme ahora amigos antiguos que me afligían mucho al abandonarme. Lo mismo que M. Hamel. La idea de que iba á partir, de que yo no volvería á verle, hacíame poner en olvido las reprimendas y los palmetazos.

¡¡Pobre hombre!!

En honra de esta su última lección se había vestido las galas de los días solemnes; entonces comprendí por qué aquellos ancianos del pueblo habían venido á sentarse al extremo de la sala. Significaba aquello que deploraban entonces no haber ido más frecuentemente á esa Escuela. Era también un modo de dar gracias á nuestro maestro por sus cuarenta años de buenos servicios, y de cumplir deberes contraídos con la patria que se iba...

En esto me hallaba de mis reflexiones, cuando oí al maestro que me llamaba. Habíame llegado el turno de decir la lección. ¡Cuánto habría dado yo por hallarme en condiciones de decir de cabo á rabo, en voz alta, clara, segura, sin equivocarme una sola vez, aquella famosa regla de los participios! Pero desde las primeras palabras me hice un lío y permanecí de pie, tambaleándome en el banco con el corazón triste y los ojos bajos. Oí entonces á M. Hamel, que me decía:

—No voy á reñirte, hijo mío; debes de estar ya bastante castigado... Ahí tienes lo que ocurre. Nos decimos todos los días: ¡Bah! Hay tiempo de sobra. Mañana aprenderé esto... y después... ya estás viéndolo... ¡Ah! La mayor desdicha de nuestra Alsacia

ha sido la de dejar siempre su instrucción para mañana. Ahora esas gentes tienen derecho á decirnos: «¡Cómo se entiende! Vosotros sois los que pretendéis ser franceses, y no sabéis escribir ni hablar vuestra lengua!...» En todo eso, pobre niño, no eres tú, por cierto, el más culpable. Todos tenemos que reprocharnos. Vuestros padres no se han interesado bastante por veros instruídos. Preferían enviaros á labrar la tierra ó mandaros á las fábricas para tener algunas monedas más. Yo mismo, ¿no tengo, por ventura, nada de qué arrepentirme? ¿No os he obligado con frecuencia á que reguéis mi jardín en vez de trabajar? Y cuando he querido ir á pescar truchas, ¿he tenido dificultad en despediros?

Entonces, y pasando de unas cosas á otras, púsose M. Hamel á hablarnos de la lengua francesa, diciéndonos que es la lengua más hermosa del mundo, la más clara, la más sólida; que era necesario conservarla entre nosotros y no olvidarla nunca, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, en tanto conserva bien su lengua, tiene las llaves de su prisión... Después tomó una Gramática y nos leyó la lección. Asombrábame yo de ver cómo lo comprendía todo. Todo lo que el maestro decía parecía fácil, facilísimo. También creo que nunca había yo escuchado tan atentamente, ni M. Hamel jamás había explicado con tanta paciencia. Habríase dicho que, antes de ausentarse, el pobre maestro quería dejarnos todo su saber y hacer que entrase en nuestras cabezas de una vez sola.

Concluía esta lección, se pasó á la escritura. M. Hamel nos había preparado para aquella mañana muestras nuevas, en las cuales aparecía escrito en hermosa letra redondilla: *Francia, Alsacia, Francia, Alsacia*. Formaba esto como banderitas que flotaban alrededor de la clase, pendientes de las varillas de nuestros pupitres. ¡Era preciso ver

cómo nos aplicábamos todos! ¡Y qué silencio había! Solamente se oía el crujido de las plumas sobre el papel. Algunos abejorrones entraron; pero nadie les prestó atención, ni aun los párvulos, que ponían empeño en hacer sus palotes con un entusiasmo y tan á conciencia como si aquello fuera francés. Algunas palomas arrullaban en el tejado de la Escuela, y yo, al escucharlas, me decía:

—¿Obligarán también á éstas á que arrullen en alemán?

De vez en cuando, siempre que yo levantaba de mi plana los ojos, veía á M. Hamel inmóvil en su asiento y mirando con fijeza todos los objetos que le rodeaban, como si hubiese querido llevarse en la mirada toda su casita de la Escuela. ¡Calcúlese! Hacía cuarenta años que diariamente se sentaba en aquel mismo sitio, con su patio enfrente de él y la clase parecida siempre. Sólo los bancos y los pupitres se habían desgastado por el uso; los nogales del patio habían crecido, y el lúpulo que él mismo había plantado adornaba ahora las ventanas hasta el techo. ¡Qué quebranto habría de ser para aquel pobre hombre el abandonar todas estas cosas! ¡El oír á su hermana, que iba y venía, en la habitación de arriba, disponiéndose á cerrar las maletas! Porque al día siguiente debía partir á ausentarse del país para siempre.

Así y todo, M. Hamel tuvo el valor de

darnos la clase hasta el fin. Después de la escritura dimos la lección de Historia; á continuación los párvulos cantaron el *ba, be, bi, bo, bu*.

Allá, en el fondo de la sala, Hauser el viejo se había puesto los anteojos, y sosteniendo el silabario con ambas manos, deletreaba con los pequeñuelos. Se veía que él también se aplicaba; temblábale la voz de emoción, y el oírle producía tal extrañeza, que todos teníamos ganas de reír y de llorar. ¡Ah! ¡Recordaré siempre este último día de Escuela!

De pronto el reloj de la iglesia dió las doce, después las campanas tocaron el *Angelus*. En el momento mismo las trompetas de los prusianos, que tornaban del ejercicio, resonaron bajo nuestra ventana. M. Hamel se levantó de su cátedra, horriblemente pálido. Nunca me había parecido tan alto.

—Amigos míos—dijo—, amigos míos, yo... yo...

Pero alguna cosa le ahogaba. No le fué posible terminar la frase.

Entonces se volvió á la pizarra, tomó un pedazo de tiza y, apretando con todas sus fuerzas, escribió lo más grueso que pudo:

¡VIVA FRANCIA!

Después permaneció allí, con la cabeza apoyada en la pared, y sin hablar hizonos con la mano una seña que significaba:

—Ésto ha terminado...; idos.

ALFONSO DAUDET.

CARTA ABIERTA ⁽¹⁾

Sr. D. Estanislao Maestre.

Muy señor mío: Tengo el gusto de participarle que en el número 20 de ROSA Y AZUL viene un articulo firmado por Vicente Luna

Busó, titulado «El niño atolondrado», no siendo éste su autor; pues el citado cuento es de un libro para las escuelas titulado, *Peligros de la infancia*.

Su afectísimo y seguro servidor, que besa su mano,

JORGE RODRÍGUEZ.



(1) Sigue la racha.

como en el que yo incurri al formar este estanque y poblarle de peces. Además, como continuó representando aquí la fuerza, puedo apoderarme de esta tierra que usted dice que le pertenece lo mismo que á mí; y en cuanto pasa á ser de mi propiedad puedo expulsar de ella al débil. Vea usted que no me aparto un ápice de su argumentación. Jaime, acompaña al señor hasta dejarle al otro lado de la empalizada. Estoy á sus órdenes. Buenos días.

—Dispéñeme; todavía no ha escuchado usted todos mis argumentos.

—No tengo más tiempo disponible. Que lo pase usted bien—y se alejó dejando á Juan en compañía de los guardas.

—Tenga usted la bondad de darme esa caña—dijo Guillermo.

—Escuchen ustedes la razón—objetó Juan—; todavía tengo argumentos.

—Yo no he oído á nadie argumentar en favor del hurto.

—Es usted un insolente; y quienes pagan á inciviles como usted se hacen culpables de incivilidad.

—Nos pagan para evitar que la finca del amo sea saqueada. Si nuestro oficio es censurable, preciso es tener en cuenta que somos pobres diablos y que hemos de dedicarnos á él para comer; mientras que usted lo hace por vicio y se llama caballero.

—¿No es así, Gregorio?—observó el otro guarda—. Si somos todos iguales, este señor no es más caballero que nosotros.

—¡Silencio, incivil segundo! Yo no puedo descender á argumentar con usted; de lo contrario le demostraría como dos y dos son cuatro que, aunque viles esclavos, tienen igual derecho á esta propiedad que el señor que les manda y que yo que no les obedezco.

—Igual derecho que usted, sí, señor; porque usted no tiene ninguno.

—Jaime—dijo Guillermo guiñando el ojo á su compañero—, ¿te parece que pongamos á este caballero en posesión de su propiedad?

—Me parece muy bien—contestó Jaime que había comprendido la seña.

Y cogiendo uno de ellos á Juan por los brazos y el otro por las piernas, le zamparon lindamente en el estanque.

Juan salió á la orilla después del tremendo chapuzón, soplando y escupiendo. ¡Si coge allí á los guardas... los suelta un discurso de media hora!

Pero ya se habían marchado llevándose la caña, los peces, el sedal y la caja del cebo; riéndose al propio tiempo del argumento con que habían puesto fin á la oratoria filosófica del pescador.

Sacudiéndose las ropas pensaba Juan:

—O mi padre no está en lo cierto en sus filosofías, ó el mundo está lleno de personas inciviles é insólitas. Consultaré el caso con mi padre.

Quando expuso el caso al autor de sus días, éste le dijo:

—Te he manifestado varias veces que actualmente no son admitidas en su totalidad las verdades filosóficas; pero esto no quiere decir que no sean verdades. Estamos en la edad del hierro; hoy la fuerza se ha convertido en derecho; pero cuando el tiempo cambie, cuando sean admitidas estas verdades, entonces... ¡ah!... el nombre de tu padre, el Nicodemus Franco de hoy será más célebre que los de los filósofos antiguos. Ten presente que eres mi hijo, y aunque te traten mal, y te martiricen, y te zambullan en todos los estanques del mundo, debes perseverar en la obra de castigar el mal y poner donde deben estar los derechos individuales. No dejes de discutir nunca; no abandones tus argumentos...

—No los abandonaré—observó Juan—;

pero cuando tenga que emplearlos otra vez procuraré tener la fuerza de mi parte y que no haya estanques cerca.

La mamá de Juanito, que había escuchado la conversación, expuso su creencia de que no debiera haber pescado en el estanque, sino en el río; y si bien en este sitio podía no haber cogido ni un pez, tampoco le habrían echado á perder el traje con el remoión. Pero como no entendía ni jota de argumentaciones, y el sol picaba de lo lindo, acabó por quedarse sumida en el más profundo de los sueños.

Algunos días después, pasando por junto á un vallado, divisó nuestro pequeño filósofo un soberbio peral cuyo fruto tentó á probarlo. Y sin parar mientes en que pudiera reproducirse la escena del estanque, saltó la valla, trepó al peral y comenzó á engullir peras con el mismo afán que si jamás hubiese comido. De pronto oyó una voz que le gritaba:

—¿Qué hace usted ahí, caballero?

Juan miró al suelo y vió un hombretón con chaqueta gris y chaleco encarnado, que al pie del árbol estaba. Y sin titubear le contestó:

—Paréceme ociosa la pregunta. Estoy comiendo peras. ¡Muy sabrosas, porcierto! ¿Quiere usted que le eche unas cuantas?

—Gracias por la atención. Al ver la tranquilidad con que las coge y las ofrece cualquiera pensaría que son de usted.

—Tanto como de usted, mi amigo.

—Eso se parece á la verdad como un huevo á una castaña. Las peras son mías, y lo que yo quiero es que me haga el favor de bajar lo antes posible, que cuando esté usted abajo ya ajustaremos cuentas.

Y blandiendo un garrote con ademán nada tranquilizador, continuó:

—Y no tenga cuidado, que quedarán totalmente saldadas.

Al ver el mal giro que tomaban las

cosas, Juanito echó mano de su filosofía.

—Buen amigo—dijo sin bajarse del árbol—, es una preocupación tonta suponer que estas peras, como los demás frutos de la tierra, no se hayan criado para todos los hombres.

—Eso será una opinión de usted, y yo tengo la mía acerca del particular.

—¿Consulta usted la *Biblia*?

—Sí, señor: la leo todos los días y jamás encontré en ella semejante opinión. A menos que sea un ejemplar apócrifo.

—Seguramente. Vaya usted á mi casa, pida la que tenemos allí, tráigala y yo le enseñaré el pasaje.

—Y mientras yo voy usted me esperará... corriendo para ponerse lejos de mi alcance. No, caballero, no; me han robado muchas peras sin descubrir á los ladrones para que ahora que tengo uno en la mano le deje marchar sin darle una buena paliza. Así, pues, baje usted inmediatamente, ladronzuelo, si no quiere pasarlo peor.

—Estoy aquí perfectamente, y si usted quiere discutiremos ese punto desde aquí.

—No tengo tiempo para discutir nada; pero tampoco he de permitir que usted se escape. Voy á continuar mis ocupaciones, y cuando las termine le tendré á usted ahí bien seguro.

Mientras el interlocutor de Juan decía estas palabras, pensaba el muchacho: «¿Qué puedo hacer con un hombre que no admite argumentos? ¿En qué país vivimos? Que él se marche y ya veremos si á su vuelta me encuentra aquí».

Pero se equivocaba; porque el hombre se dirigió al vallado y llamó á un chicuelo al cual dió sus órdenes. Alejóse el pequeño corriendo hacia la granja, y poco después salía de ella un perrazo de presa que vino corriendo hacia su amo, el cual le dijo:

—*César*, mírale bien; ahí le tienes.

El perro ladró con furia, tumbóse sobre la yerba, miró hacia arriba enseñando á Juan dos filas de dientes que le hicieron perder toda esperanza de fuga, y esperó.

—Como yo no puedo aguardar á que usted baje, *César* se encargará de hacerlo, y le prevengo que si le coge entre sus dientes saldrá usted peor librado que de mi garrote.

Y dicho esto alejóse, dejando frente á frente á Juan y al perro para que argumentasen á su gusto.

¡La filosofía pone á veces á sus adeptos en situaciones bien críticas!

Juan contemplaba al perro con el bello erizado de espanto. Y como era la hora de comer, al propio tiempo que un miedo cervical comenzó á sentir cierto reconcomio en el estómago, que satisfizo á fuerza de peras. El perro había dejado caer la cabeza como si estuviera dormido, pero en cuanto el prisionero hacía el menor movimiento, abría el ojo; por lo cual pensó Juan que no era prudente intentar una escapatoria.

Algún tiempo después presentóse allí un nuevo personaje para tomar parte en la discusión si por acaso se empezaba. Era un hermoso toro que había salido del establo y se dirigió á *César* bramando. *César* se levantó é hizo frente al astado bruto, que comenzó á escarbar la tierra; después acometió al perro; éste, que no tenía nada de cobarde, esquivó la embestida y atacó á su vez. Los contendientes se fueron alejando del árbol, y Juan creyóse en salvo. Mas no estaba afortunado aquel día, pues cuando comenzaba á descender preparando su fuga, la pelea tuvo fin junto al vallado por donde entró; por encima del cual voló el perro impulsado por una caricia del toro.

Juan comprendió, lo crítico de su situación, y arrostrando el todo por el todo

se dirigió hacia otro punto del vallado dispuesto á librarse del garrote del dueño de la finca, del perro y del toro. Cosa que habría conseguido si éste no hubiera oído su carrera y emprendido su persecución, á que puso término con un topetazo que le hizo dar de bruces contra la valla; después le recogió en el suelo y lanzóle por los aires al otro lado del vallado.

Por bien empleada habría dado el joven su ascensión forzosa si el descenso no hubiera sido encima de un colmenar, del cual destruyó dos colmenas; por lo que irritadas las abejas la emprendieron á picotazos con él.

Corría Juan, pero las abejas le alcanzaban; y en la veloz carrera no pudo fijarse en un pozo, dentro del cual fué á dar con su cuerpo, y fortuna para él que pudo asirse á la cadena y no se estrelló. Rápidamente descendió al fondo del pozo, que tendría unos cuarenta pies, y encontróse con los suyos dentro del agua; pero eso sí, libre de las abejas.

Bien agarrado á la cadena levantóse como pudo, y palpando, palpando, dió con el cubo, dentro del cual metió los pies, logrando así echar el cuerpo fuera de aquel improvisado baño.

La verdad es que, después de las peripecias que le habían ocurrido, se estaba allí bien, y de haber tenido á mano algún ser que le escuchase, ¡fija argumentación habría hecho! Pero allí no había más que la verdad, que estando en el agua era muy natural que se hallara desnuda.

No era Juan capaz de quedarse en el cuerpo con una disquisición; así es que empezó á filosofar en voz alta, no sabemos si dirigiéndose al agua, al cubo, á la cadena ó á algún ser imaginario:

—No estoy muy bien aquí y debo el chapuzón al toro; pero sin la venida de éste aún estaría el perro junto al árbol y

yo en la copa esperando que el dueño viniese á darme una paliza. Luego si bien seconsidera el perro me ha hecho un favor, aunque me ha perjudicado dejándome caer en el colmenar.

Ya estoy libre del hortelano, del perro, del toro y de las abejas: ¿cómo salir ahora del pozo? Porque no es cosa de pasarse aquí la vida; aunque dadas las desigualdades sociales acaso fuera mejor vivir en este sitio donde se goza de cierto fresco y no tropieza uno con personas que tan mal conocen los derechos del hombre. Mi padre dice que esta es la edad del hierro; tiene razón: de no ser por él yo estaría abogado hace un rato.

No eran las filosofías de Juan dignas de ser esculpidas en mármoles y bronces; pero eran filosofías; y cuando una persona es capaz de filosofar con el agua al cuello, bien merece que se haga de él un libro. He aquí por qué se escriben las AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

CAPÍTULO VI

DESPUÉS DE HACER JUAN UNA PRUDENTE REFLEXIÓN LLEGA Á UNA DECISIÓN IMPRUDENTE.

Aunque hay ocasiones en que un pozo puede ser un buen refugio, preciso es reconocer que los pozos no se construyen para este fin; de donde se deduce que no son buenos para una residencia prolongada. Llevaría Juan unos quince minutos dentro de su *pecera* cuando comenzaron á castañetear sus dientes y á temblar sus labios. Tal situación hizole pensar en que había llegado la hora de pedir auxilio, cosa que antes no hizo por temor de encontrarse con la garrota del hortelano; mas cuando se disponía á hacerlo advirtió

que tiraban de la cadena y que el cubo salía del agua. El que arriba estaba gruñó por lo pesado que resultaba su trabajo aquel día, y cuando hubo elevado el cubo seis ó siete metros soltó la cadena de pronto y Juan recibió un tremendo chapuzón.

Después de un momento de calma escuchó arriba dos voces, y pronto se sintió elevar con rapidez. No tardó en aparecer su cabeza sobre el brocal, y apenas iba á cogerle para echarse fuera, viéronle los que le habían subido, que eran un zagalón y una rústica mozuca.

—Gracias, señores míos—les dijo Juan.

¡Qué mal hizo en apresurarse á ser cumplido!

La muchacha lanzó un grito y dejó escapar el torno; el zagalón, asustado, hizo lo propio, y cuando Juan terminaba de hacer sus cumplimientos á quienes consideraba sus salvadores, vióse nuevamente en el fondo del pozo; y fortuna grande fué para él que pudo agarrarse á la cadena.

Vuelto á su primitiva posición comenzó á filosofar.

—No soy muy afortunado ciertamente—pensaba mientras cubría su cabeza con el sombrero, chorreando agua—; pero ya saben que estoy aquí, puesto que me han visto subir y bajar.

Mientras Juan se hacía estas reflexiones, la muchacha llegó corriendo á la cocina, sentóse en una silla y desde ésta cayó al suelo, precisamente sobre un montón de harina que estaba dispuesta para ser cocida en el horno.

—¡Misericordia! ¡Socorro!—gritó al tiempo de caer.

—¿Qué sucede, Susana?—preguntó la mujer del labrador—. ¿Adónde está Rosa? ¿Y Pedro? ¡Buena has puesto la masa! No va á servir para los panes.

En seguida llegó Pedro de tal modo

CURIOSIDADES

UNA ASCENSIÓN Á LA CHEOPS

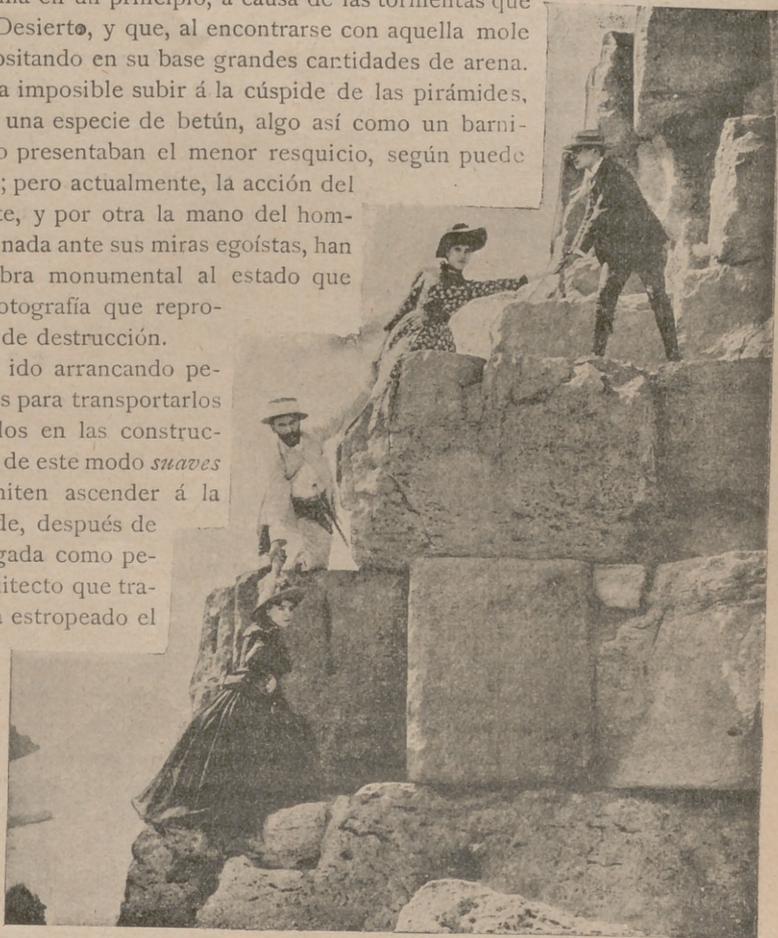
SUPONEMOS que aquellos de nuestros lectores que ya conocen la primera de las maravillas, las Pirámides (1), harían con gusto una ascensión á la Cheops, cuya altura ya hemos dicho que alcanza la pequeñez de 123 metros, y eso que ha perdido más de 13 de la que tenía en un principio, á causa de las tormentas que se producen en el Desierto, y que, al encontrarse con aquella mole de piedra, van depositando en su base grandes cantidades de arena.

Antiguamente era imposible subir á la cúspide de las pirámides, porque las recubría una especie de betún, algo así como un barnizado, y las juntas no presentaban el menor resquicio, según puede verse en el núm. 28; pero actualmente, la acción del tiempo por una parte, y por otra la mano del hombre, que no respeta nada ante sus miras egoístas, han reducido aquella obra monumental al estado que puede verse en la fotografía que reproducimos; un estado de destrucción.

Poco á poco han ido arrancando pedruscos de la Cheops para transportarlos al Cairo y emplearlos en las construcciones, produciendo de este modo *suaves* escaleras que permiten ascender á la cresta de la Pirámide, después de una labor tan arriesgada como penosa; porque el arquitecto que trazó los peldaños tenía estropeado el compás y hay algunos que miden un metro de altura. Parece que están hechos para que suba por ellos un Goliat.

Pero al fin, teniendo buena fuerza en las piernas, agilidad en los músculos y algunos ayudantes, podremos contemplar desde la altura de aquel sepulcro, construído por un Faraón, la pequeñez é insignificancia de cuanto nos rodea. Es un hermoso espectáculo.

Como complemento de esta información, en otro número publicaremos una fotografía, en donde se ve la entrada á una de las pirámides.



(1). Véase el núm. 28.

CUENTOS DEL CONCURSO

LAS DOS VENGANZAS

JUAN era un labrador, que es lo mismo que decir que era pobre.

Era, en efecto, un pobre labrador que arrancaba á fuerza de sudores al yermo terruño (que con una yunta de escualidos bueyes y una humilde casuca, constituían su hacienda) el sustento para sí, para Lorenza, su mujer, una campesina de cuerpo robusto y alma débil y para sus dos hijos Juanillo y Lorenzo, dos rapaces mellizos que once ó doce años contarían.

Juan era bueno, pero no era fuerte; era trabajador, pero no duro para el trabajo; por eso salió vencido en la lucha por la vida, que es lucha de titanes.

Fué cosa de poco tiempo; por momentos se le vió perder el aspecto saludable, la animación del rostro y la alegría del alma; cayó en el lecho miserable y mientras no sé que rara enfermedad le consumía, faltó en la casa el sustento cuando era más necesario.

Y como no se engaña al hambre, sino que cada vez pide más imperiosa con qué satisfacerse, Lorenza se vió obligada á recurrir á D. Roque el usurero. Era éste uno de esos tipos que tanto abundan; de aspecto insignificante y alma negra, sonrisa plácida y diabólicas ideas.

Recibió amablemente á la mujer de Juan, se lamentó de no poder atender con largueza á su desgracia, y después de mil extremas consideraciones, puso un puñado de monedas en su mano después de haber ésta toscamente firmado un documento, en sabe Dios que infames condiciones.

Y así, á cambio de puñados de plata cada vez más míseros, fueron firmados papeles cada vez más dádivosos; y cuando, muerto, al fin, el pobre Juan, su cadáver entraba en el cementerio, el tío Roque, previas ciertas

curialescas formalidades, quedaba dueño de la que fué su hacienda, y la viuda y huérfanos en la miseria.

De nada sirvieron súplicas y lágrimas; el usurero, incapaz de compadecerse de aquellos tres infelices seres, les arrojaba de la humilde vivienda quedando confiados á sus débiles fuerzas.

Sucedió, pues, lo que era inevitable; la catástrofe se completó con la muerte de Lorenza que no pudo sobrevivir á sus desgracias.

Juanillo y Lorenzo, solos en el mundo, acudieron al tío Roque, que por un último rasgo, muy digno de él, facilitóles el medio de emigrar á lejanas é inhospitalarias tierras, quedando así terminada su obra destructora.



Hacinados en el entrepuente, como rebaño en el redil, van los emigrantes del trasatlántico. Confundidos entre ellos, Juan y Lorenzo hablan en voz baja. A la primera ojeada se observa que han franqueado de un salto la línea que separa á los niños de los hombres. El semblante de Juan es ceñudo, el de Lorenzo melancólico. Hablan del pueblo, de sus padres muertos, de la conducta del tío Roque, de que apenas aciertan á comprender toda la infamia.

—Mató á nuestro padre—dice Juan.

—Fué Dios—responde Lorenzo.

—¿También fué Dios quien mató á nuestra madre?

—Dios y la miseria.

—Tenemos que vengarnos del tío Roque.

—Debemos perdonarle.

Sigue una pausa durante la cual llegan á sus oídos mil ruidos confusos: el rumor de las conversaciones de los demás emigrantes, el zumbido sordo de las máquinas, el choque de las olas contra el casco y, dominando á todos, el agudo grito de la sirena y los sonidos vibrantes de la campana de alarma.

Hay, en efecto, gran cerrazón en el mar. Los dos huérfanos vislumbran vagamente las luces de la cámara y apenas distinguen el penol de proa...

De pronto, un estrépito formidable rompió la calma; el barco entero experimentó una tremenda sacudida; un griterio ensordecedor cruzó de proa á popa, y una ola humana más terrible que las del mar, que mugían cada vez más próximas, arrolló á los huérfanos, los pisoteó y los empujó hacia la borda...

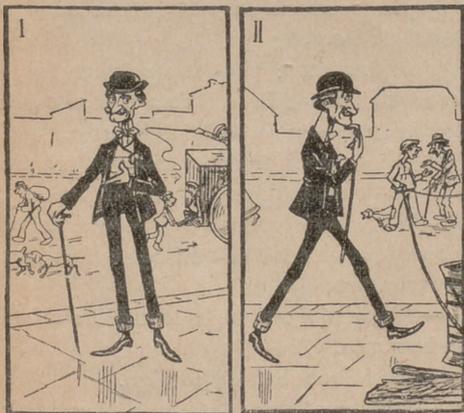
El trasatlántico había chocado con otro barco y se hundía por momentos; las lanchas de auxilio buscaban los náufragos entre la niebla procurando acudir allí donde se oían gritos angustiosos.

Pronto desapareció el hermoso buque entre las ondas y se apagaron los gritos de las víctimas; en el imponente silencio sólo se oyeron, como final, dos gritos ansiosos que quizás interceptara la distancia: ¡¡Lorenzo!! ¡¡Juanillo!!



Han pasado muchos años y han ocurrido en el pueblo de Juanillo y Lorenzo muchas mudanzas.

IVAYA UN GOLPE!



¡Y poco flamante que estaba Norito! De seguro daba el golpe...

IVAYA UN GOLPE!



Y le dió; sólo que de modo bien distinto al que esperaba Nonito.

El tío Roque ha experimentado tan enormes pérdidas en su hacienda, que sólo le queda del en un tiempo abundante fruto de sus nada limpios negocios, la casucha de Juan el Labrador, donde agoniza anciano, enfermo y miserable.

Un día, del viejo coche que de ordinario no conduce más que campesinos ó acomodados labriegos, llegan al pueblo dos elegantes caballeros que, abstraídos en la contemplación del paisaje ó, lo que es más probable, en sus pensamientos, apenas habían cambiado durante el viaje alguna frase de cortesía.

Apeáronse ligeros y, después de saludarse, partieron en direcciones opuestas. Minutos después el que parecía más viejo (pues se veían algunos hilos blancos en su barba y pelo, que el otro tenía negros como la mora) se paraba meditabundo en una tierra labrada, que no lejos del pueblo se hallaba, y el que más joven parecía llamaba á la puerta del tío Roque.

—Pase—dijo desde dentro una voz apagada.

Ante la asombrada vista del viejo, que se hallaba tendido en un mísero lecho, apareció

UN ORADOR FOGOSO



—Sí, compañeros: el triunfo de nuestros santos ideales se aproxima; ha llegado la hora de reivindicar nuestros derechos; de que la ley sea igual para todos; de que los que están arriba caigan.....
Y en efecto; el orador dió con la mesa y su cuerpo encima del auditorio.

el forastero. Con una mirada circular dióse cuenta de la situación del antiguo usurero, y una sonrisa irónica asomó á su rostro.

—Buenos días *pobre* Roque—dijo, y esta frase fué el principio de un rosario de dicterios que aplicaba al moribundo, recordándole las malas acciones de que estaba llena su vida, que parecía conocer perfectamente el forastero, el cual, hablaba con rabia reconcentrada y atropelladamente, como si temiese que le faltara el tiempo para acabar su relación.

Revolvíase el tío Roque en su lecho, atezado por los remordimientos que el desconocido parecía querer avivarle, y temblaba horrorizado por el próximo castigo de sus culpas, que aquél constantemente le recordaba.

De pronto, detrás del grupo resonó una voz clara y vibrante:

—¡Esa conducta es más infame aún que la del tío Roque!

Volvióse entre airado y sobrecogido el forastero encontrándose cara á cara con su compañero de viaje, el del pelo cano.

—Estoy en mi derecho, castigando á este canalla—exclamó después de una pausa.

—No hay derecho para castigar á un moribundo, respondió el otro con calma, pero severamente.

—No diría usted eso si le hubiera robado su hacienda.

—Me la ha robado, y lo digo.

—Pero no habrá despojado á su padre moribundo.

—Si lo ha hecho, caballero.

—No habrá hecho morir á su madre de miseria.

—Sí señor, pero le perdono.

—¡Es que, por lo que á mí se refiere, esos crímenes los ha cometido en esta misma casa y...!

—¡Juanillo!

—¡Lorenzo!

Y los dos hermanos (que ellos eran) cayeron, al reconocerse, uno en brazos del otro, y olvidándose del sitio en que se encontraban, lloraron de alegría y de pena y de mil sentimientos opuestos que ni ellos mismos pudieron definir exactamente.

—De manera, pregunto, por fin Juan, que cuando naufragamos...

—Me recogió un vapor inglés, se apresuró

á contestar Lorenzo, y en Inglaterra tuve suerte y me he hecho médico.

—Pues á mí, otro vapor me llevó á América donde, comerciando, he reunido una regular fortuna.

—Por más gestiones que hice no pude averiguar tu paradero.

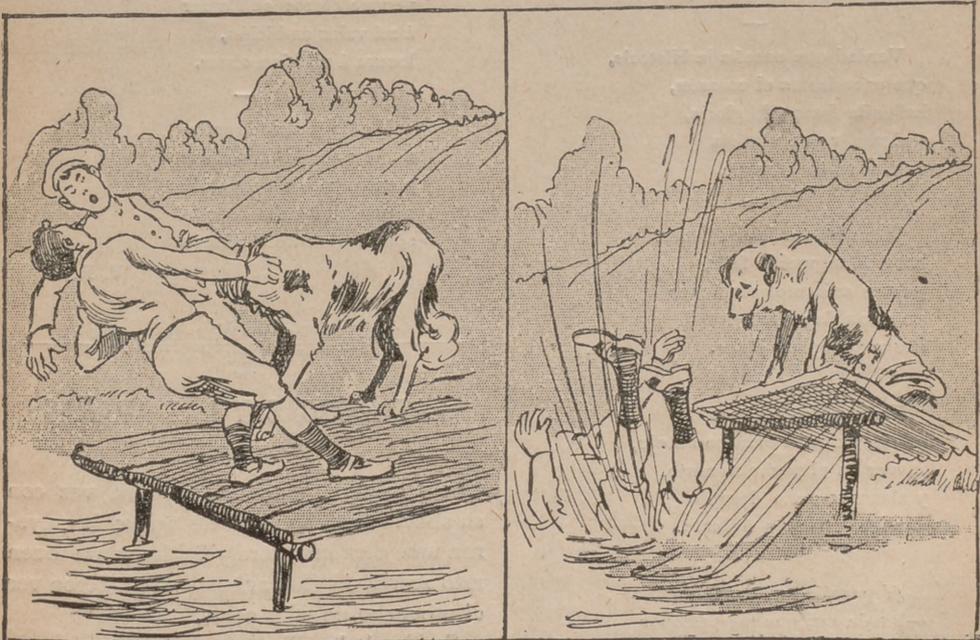
—Lo mismo me ha sucedido.

Y hubieran seguido entregados á otras mil dulces confidencias, si los quejidos del tío Roque no les hubieran recordado su presencia.

—Hay que perdonarle y prodigarle nuestros cuidados—dijo Lorenzo—, y esa es la mejor manera de vengarnos.

—Trabajo me cuesta acceder á tu deseo—respondió Juan—; pero ya que así lo quieres...

Á LA FUERZA.....



Ramón y Luisín se habían empeñado en bañar á su perro *Ton*; pero el animal se resistía, los chicos tiraban..... y resultó que los bañados fueron Luisín y Ramón.

Desde entonces el tío Roque tuvo todo lo que necesitaba: cuidados, médico, medicinas; pero nada le sirvió y entre remordimientos del espíritu y dolores del cuerpo acabó su existencia.

He aquí cómo una providencial casualidad hizo fracasar con la noble venganza de Lorenzo la airada venganza de Juanillo, que recordó la lección toda su vida.

Lema: «UNO DE TERCERO».

(Cuarto de los admitidos.)



EL JOVEN Y EL VIEJO

I

LA tribuna! ¡El periodismo!
faros de la humanidad,
joven, tu temprana edad
te hace engañarte á ti mismo.
—No es sueño.—¿Pues qué?—Verdad.

Verdad que enseña la Historia,
que entusiasma el corazón,
hallar la fama y la gloria,
y alcanzar una victoria
con la luz de la razón.

Jugando con las pasiones,
hacer á un pueblo feliz,
y entre ardientes oraciones
arrancan de su raíz
añejas preocupaciones.

Y con entusiasmo santo,
poder, padre, á nuestro antojo,
mover en el pecho espanto,
y alcanzar como despojo
sonrisa, aplausos ó llanto.

¿Y pensáis que desvario?
—Puede ser, que tus pasiones
te hacen ser como razones
lo que es tan sólo, hijo mío,
una ilusión de ilusiones.

II

—Pálido está tu semblante,
la desgracia me importuna.
¿Y la prensa? ¿Y la tribuna?
—En vano busqué anhelante
el curso de la fortuna.

Que encontré, por donde quiera,
cuando dije la verdad,
aquí la audacia altanera,
más allá la envidia fiera;
por todas partes maldad.

Y en vano con bizzarria
luché, padre, en mi abandono;
que el pueblo á quien defendía
siempre contra mí volvía
sus armas con fiero encono.

Llagado mi corazón,
padre, me volví á mi hogar,
porque dieron en llamar
á mi valor ambición,
locura á mi bien obrar.

Y sólo y abandonado
nadie escuchó mis razones,
y entre tristes decepciones
conoci que hube soñado
sólo ilusión de ilusiones.

V. R. P.



LAS MOSCAS Y LAS ARAÑAS

UNOS cuantos niños fueron una vez con su abuela á ver una tela de araña; la creyeron una cosa muy rara y hablaron un buen rato acerca de ella, aunque no pudieron ver el provecho de tales cosas.

Su abuela les dijo:

—No os puedo decir ahora justamente las razones por qué Dios hizo todos los seres

que vemos alrededor de nosotros; pero os contaré un precioso cuento que puede, al menos, ayudarnos á creer en lo expuesto. Escuchad.

Un príncipe joven se admiraba siempre por qué Dios había hecho las moscas y las arañas, pues no podía comprender para qué servían al hombre; y si hubiera tenido poder las hubiera matado á todas.

Un día, después de una gran batalla, este príncipe se vió obligado á esconderse en un bosque.

Se echó bajo un árbol y se quedó dormido. Un soldado, que era uno de sus enemigos, pasando por su lado le vió y se dirigió á matarle.

Entonces justamente una mosca se posó en el labio del príncipe y le despertó.

Viendo su peligro se levantó y pronto echó á correr el soldado.

Aquella misma noche el príncipe se ocultó en una cueva del bosque, y durante la noche una araña tejió su tela en la boca de la cueva. Dos soldados que estaban buscando al príncipe pasaron junto á la cueva por la mañana, y el príncipe les oyó hablar.

—Mira—dijo uno de ellos—, está escondido en esta cueva.

—No; eso no puede ser—dijo el otro—; pues si hubiera entrado estaría limpia de telas de araña la boca de la cueva.

Cuando se fueron, el príncipe levantó sus manos y sus ojos al cielo, y dió gracias á Dios por haberle salvado la vida; primero por medio de una mosca, y después por una araña.

Entonces comprendió que las moscas y las arañas pueden servir de algo á los hombres.

Traducido del inglés por JUAN CANO.

Línea de la Concepción.



Fernando Barranquero.—Madrid.—Acertó usted.
Antonio Fernández.—Idem.—Entra en turno.

Esperanza Lara.—Ronda.—Idem id.

Flora Gilman.—Madrid.—Hay en preparación unas aventuras que espero colmarán sus deseos.

C. Abejón.—Idem.—Ya tengo muchos de usted; irán saliendo.

Antonio Marquerie.—Guadarrama.—Entra en turno.

Luis Tenorio.—Madrid.—Idem id.

Rafael Pérez Flórez.—Córdoba.—Encuadernar aquí la novelita, entre portes de ida y vuelta, le costaría muy caro.

Francisco García y Blanco.—Madrid.—Publicaré lo que me envía si me asegura usted que no ha de venir luego alguna reclamación diplomática.

Antonio Jimena.—Idem.—Las cartas, aunque sean ilustradas, están sujetas á la ortografía como cualquier hijo de vecino. El verso que envía no está bien, ni siquiera regular. Estudie, estudie.

Miguel Cabello.—Idem.—Después de leer las cuartillas me he quedado sin saber cómo se fabrica el lápiz.

Carlos Abejón, José Mendiola, José Guilló, Manuel Caldeiro, José L. Salinero, Enrique Díaz y García.—Admitido lo que remiten.

Leonardo Ordoño.—Madrid.—Entran en turno los pasatiempos. Gracias por su advertencia. Ya estaba enterado; pero en todas partes cuecen habas. Los números se confeccionan con mucha anticipación. No puedo complacerle.

LISTA DE SUSCRITORES

(Continuación.)

Vicente Ferrer Ramos.—Dolores Pérez Munuera.
Carlos Grotta.—Juan José M. Cuervo.—Luis Sánchez Romani.—Rosita de Valenzuela.—Carmen Millán.—Ricardo Almodóvar.—Sebastián Galindo.—R. P. Domingo de la Concepción.—Mario Liévana.—Joaquina Pérez de la Escosura.

(Se continuará.)



ACERTIJO por Luis Tenorio.

¿Cuál es el animal que tiene en su nombre las cinco vocales?

JERoglÍFICO por Juan Rivera.

LA Sa

FUGA DE VOCALES por Pedro Espinosa.

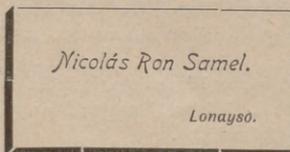
.n l.s .z.l.s .nd.s d. l.s m.r.s
 .sc.nd.ns. t.s.r.s .nf.n.t.s
 c.m. .n l. .z.l r.v.st. q. L.m.s
 s. .nc..rr.n m.y pr.c..s.s tr.b.j.t.s

CUADRADO por José Castejón.



1.^a afecto; 2.^a animal; 3.^a adjetivo, y 4.^a verbo.

TARJETA por Flora Gilmán.

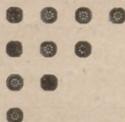


Formar con las letras de esta tarjeta el nombre y apellidos de un brillante orador

JERoglÍFICO por F. Penalba.



TRIÁNGULO por Gil Farrán.



Léase vertical y horizontalmente: 1.^o, parte del cuerpo; 2.^o, para jugar; 3.^o, sílaba, y 4.^o, vocal.

FUGA DE CONSONANTES por Mario Lancho.

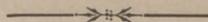
E. .u .ue. .a .a.e u. i.o
 . e. .u .e. .a.a u. .e.a.
 .a.a .ue .o.a .a. .e.a.
 .a .a.a.a .e .a. .ua.

JERoglÍFICO por C. Abejón.

Nota K E Nota

ADIVINANZAS por Ramón Porta.

1.^a ¿Cuál es la letra que nunca llega á una?
 2.^a ¿Y la que siempre está bailando?



SOLUCIONES

A la conversación charadística por J. Ramírez
 CALABAZAS.

Al rombo por Blas Pérez y Cia:

R
 D A S
 R A T O N
 S O L
 N

A la tarjeta por Gil Farrán: LA REINA MORA.
 Al jeroglífico por Leonardo Ordoño: VERBO-
 SIDAD.

Al cuadrado por Antonio Marquerie:

C A S A S
 A N A D E
 S A L A S
 A D A R O
 S E S O S

A la sustitución por Carlitos Lefeves: VELÁZ-
 QUEZ.

A la charada por J. L.-Amor: CALABOZO.

A la combinación por J. Egea:

M A R **M** O L E J O
 A L C **A** N T A R A
 A N **D** U J A R
 A **R** J O N A
 P I N T O
 V A L **D** E Ñ A S

A la fuga de vocales por R. Molina:
 Busca una flor á otra flor
 como al **a**mor otro amor.

NUESTRAS REFORMAS

Desde el número 27 ROSA Y AZUL consta de 24 páginas, y es la que da más lectura y la más barata de cuantas se publican.

Las cuatro páginas que le aumentamos, de papel rosa, impreso con tinta azul, están destinadas á la publicación de las interesantes

Aventuras **de un pequeño filósofo**

ESCRITAS POR EL CAPITAN MARRYAT

cuya traducción del inglés se ha hecho expresamente y con todo esmero para esta Revista.

A pesar del aumento de gastos que esto supone, ROSA Y AZUL continuará vendiéndose á **15 céntimos**.

De este modo correspondemos al creciente favor que el público nos dispensa.

PERCHAS "Navas y Comp^a"

(Con patente)



**Recomendables
para los Colegios
y particulares** 

***** No rompen ni ensucian la ropa**

— Son las más baratas 

**** Pídanse precios á los señores NAVAS Y
COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID** 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadrada, al precio de

— 50 céntimos. —

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadración á **15 céntimos**.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

TABOADA *Licenciado en Filosofía y Letras.—Asignaturas del Bachillerato y repaso del mismo.*

Precios módicos.—Horas: de 9 á 12 de la mañana.—Diríjanse á Malasaña, 28, primero derecha, ó á la Administración de ROSA Y AZUL.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA
ESCUELA MODELO DE MADRID
 de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritméticos.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Rudimentos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio
 Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

Talleres de fotograbado

DE LOS
SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA
 Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado.
 Dirijan los avisos á la Administración de
 esta Revista.

MADRES Existen cajas falsificadas de la
Denticina que han imitado bien
 para sorprenderos, pero causan graves tras-
 tornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gas-
 tralgias, úlceras, diarreas,
 vómitos y cuanto revela malas digestiones se
 cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida
 en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10
 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los
 colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26

Trajes dril, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 »
Gergas y estambres..	10 »
Piqué superiores....	8 »
Alpacas elegantes... 15 »	



Cuellos novedad, chalinas,
 sombreros paja y colección
 grandísima de géneros para
 la medida.

PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de
 garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granula-
 ciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thicol-clamo-
 vanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-
 monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-
 pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PSETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para
 combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid